

# LA COLINA

Dr. Oscar Enrique Mas Herrera

Estamos en presencia de un tema y de una obra que no pueden ser juzgados y despachados de un plumazo, pues se trata nada menos que de las situaciones originadas en una serie de personajes más o menos representativos por la tremenda noticia de que las Naciones Unidas han decretado la muerte de Dios. La acción tiene lugar en un albergue de montaña situado en las vecindades de un santuario famoso atendido por un convento de monjas. Puesto que Dios ha muerto, el convento, como todos los demás, debe ser clausurado y la comunidad dispersada. En el albergue se encuentran, al comenzar la acción, el posadero y su mujer, pareja por demás desavenida; borracho él, mujer con pasado ella, que para colmo de males han dado al mundo un hijo tarado "por haber sido engendrado durante una borrachera", como le recrimina la posadera a su marido). Para a la sazón en la posada un joven intelectual ateo, que se revelará después como un brillante literato, sentenciado a pronta muerte por el cáncer. A estos personajes vienen a agregarse tres más: el Padre José, ex-capellán de las monjas del convento; la hasta entonces Madre Superiora de la comunidad y la novicia Marta, que son los últimos en abandonar el convento y vienen a pasar la noche en la posada, antes de descender definitivamente la colina. Dios ha muerto y la noticia incide necesariamente en el mundillo reunido en la posada de la colina; la obra se dedicará a hacernos ver la problemática espiritual que afrontarán los personajes ante el nuevo estado de cosas, merced a una especie de juicio público en el que todos, con estudiada crueldad exceptuada la novicia Marta— entrarán a juzgar la sinceridad de sus motivaciones religiosas y existenciales.

¿Qué pasa entre los hombres cuando Dios ya no es? tal parece ser la pregunta alrededor de la cual gira *La Colina*. Sin embargo la obra no es de tipo metafísico o teológico, como parecería indicarlo su credencial de "auto sacramental". *La Colina* no guarda ningún parentesco formal con nuestro teatro clásico de Tirso o Calderón, abocada a los grandes problemas de Dios, el hombre, el mundo, la justificación y otros. No. *La Colina* se debate en el mundo de lo psicológico y su temática la constituye, más que otra cosa, la autenticidad y realidad de la vocación religiosa (o irreligiosa, como en el caso del personaje ateo) de la banda que se junta por una noche en aquel albergue de montaña.

Para lograr el propósito de develar las interioridades de unos hombres que se inician en un mundo oficialmente ateo, el autor recurre a la treta de presentarnos unos personajes altamente convencionales. El principal de ellos —y el más convencional de todos— es el de la Madre Superiora. Se trata de una mujer que ha entrado al convento a raíz de un lance amoroso, a la edad de diez y ocho años. El hecho es plausible. Pero lo que no lo es en absoluto es que siendo una nihilómana, que a falta de otro hombre, vive obcecada por el capellán ("de las anchas espaldas" y de "la cintura estrecha"...), llegue a madre Superiora y haga vida conventual durante veinticinco años. La noticia de la muerte de Dios lejos de conmoverla, le abre las puertas del claustro (en el que no estaba amarrada) y hete aquí que a la media hora tenemos ya una mujer que habla y se comporta como una artista de nueva ola que grita: "Ahora que Dios ha muerto, ¡sirvanme otro trago de whisky!". (¿Paró mientes el autor en lo que marcó la vida de una muchacha siquiera un año de convento, por muy poca que fuese la vocación que le lanzó allí? ¿No nos está obligando a aceptar "demasiado teatro"?). La muerte de Dios no despierta en la Superiora ningún problema teológico ni caso psicológico. Llevó largos años el hábito sin convicción y al fin se decide a explotar su auto

del todo marchita belleza, sugiriéndole al ex-capellán que hagan vida juntos, sin que se advierta un instante de transición entre su antiguo estado conventual y el nuevo, de solterona protaz en busca de aventuras. Como hizo la obra, al dar a este personaje un proceso sensual y desequilibrado, una cierta simpatía, es cosa que aún no logramos explicar.

El padre José entró en órdenes por la promesa de una suculenta herencia; y como capellán de monjas se dedica a acariciar las manos de las novicias en el confesionario. En el primer acto, luce abatido al abandonar el convento, pero no sabemos si tal abatimiento figura en el libreto, o es obra de interpretación del director o de la cosecha personal del artista. En ningún momento se pregunta —lo que bien cabría— si las Naciones Unidas tienen derecho a decretar la muerte de Dios, o si tal decreto tiene valor objetivo, o qué será el mundo sin Dios, lo que hubiese constituido tema de profundas reflexiones tipo auto sacramental. El Padre José pudo haber sido el teólogo de la obra, encarnando quizás un sacerdote renegado pero profundo y definido. Lamentablemente no es así, y repaese prontamente de su abatimiento, se declara a la novicia Marta, manifestándole que des de mucho tiempo atrás se consume en viva pasión por ella. Por lo demás, tanto él como la Superiora manifiestan gran tranquilidad por su futuro económico, toda vez que los ex religiosos gozarán de jugosas pensiones provenientes del tesoro vaticano.

Hasta el momento, ninguna problemática honda, ninguna cuestión inquietante, ninguna alternativa lacerante. Dios ha muerto, viva la Pepa. Aquí no vemos ni filosofía, ni teología, ni psicología; un buen poco, sí, de psicopatología.

Con la novicia Marta las aguas discurren por otros niveles. El decreto de la muerte de Dios sí la ha tocado y le ha planteado dramáticos problemas. Marta es una dulce niña huérfana, que de un internado de monjas pasa a un convento, a los dieciséis años; su fe en Dios no necesita pruebas; ella lo ve en el orden y la belleza de las cosas, ella lo siente e intuye. Intensificando e interiorizando un poco este "sentido divino" (como diría Gratry) el autor nos hubiese ofrecido una posición existencial de tipo agustiano de gran aliento, pero deplorablemente no es así y la fe de la novicia, tal y como la vemos, es ingenua y superficial. Más aún, se presenta teñida de ciertos elementos eróticos: Marta está secretamente prendada del Cristo de la capilla conventual, hermoso y desnudo. El Padre José, violando sin escrúpulos el secreto de la confesión su primer noche de ex capellán, así se lo hace confesar en público. A pesar de esto, la novicia es un personaje dramático de cierta intensidad, que sufre y se revuelve contra el decreto de la muerte de Dios, que no puede aceptar sin más.

El otro personaje dramático es el intelectual ateo. Desdibujado y borroso, no nos brinda suficientes elementos para acabar de entrar en su interior. Nuestro hombre se encuentra carcomido por el cáncer y su muerte es inminente; ha subido a la colina en busca de una cierta inspiración que no queda muy claro si es de tipo religioso. En todo caso nos hace saber que la noticia de la muerte de Dios no lo conmueve en absoluto, puesto que para él Dios nunca ha existido. Sin embargo, la angustia íntima de la novicia lo conmueve y la emoción que experimenta ante el estado de la joven se suma a su propia angustia de hombre a pocos pasos de la muerte. Estos dos últimos personajes logran introducirnos uno nuevo en escena: Dios, el Dios declarado muerto pero que parece desentenderse del decreto que lo elimina, y que pugna tenaz por seguir inquietando el corazón del hombre.

En el último acto la obra alcanza su clímax: el Padre José sube un momento al convento y regresa blandiendo con

(Para a la Pág. 31)

# LA COLINA

(Viene de la Pág. 30)

...casmo el Cristo de la capilla.  
"Míralo —dice a Marta—, no es más que yeso", y lo quiebra contra una silla en mil pedazos. Diríase que la muerte de Dios ha quedado consumada. Pero la fe de la joven parece experimentar una saludable reacción; ahora ya no adorará un Dios oficial, convencional, empuñecido. A partir de ese momento Dios se le hace más evidente en su obra y su espíritu se purifica. (Diríase que

**Nota aclaratoria:** este material ha sido modificado de su versión original para su restauración y conservación

por fin fue capaz de adorar a Dios "en espíritu y en verdad").

Ya es de día y la Superiora y el Padre José se aprestan a descender definitivamente la colina y a hacer sendas vidas sin Dios. La novicia no logra más que ser el objeto de su escarnio. No así para el intelectual para quien la fe de Marta da pie a su descubrimiento radical de Dios. Es la hora de las definiciones. Sólo quedan en escena Marta y el joven con el posadero y su mujer, pues los demás ya se han marchado. Los dueños del albergue que ante su insostenible situación estaban dispuestos a separar sus vidas y a abandonar también la colina, intentan una reconciliación y deciden permanecer, mien tras la novicia y el ex ateo exultan de gozo por la posesión de un Dios finalmente hallado. El hijo anormal de los posaderos ha comenzado a canturrear al son de la guitarra del mozo del mesón —el primer versículo del viejo salmo: "El Señor es mi pastor, nada me puede faltar..." y en esa mística atmósfera acaba la obra.

---

La Colina no es un acto sacramental porque le falta la profundidad teológica y metafísica para ello. Carece, además, de verosimilitud. Una pieza de teatro no es un ensayo filosófico, pero da ciertamente para más. La idea que concibió el autor es sencillamente maravillosa, casi genial, pero no la llevó a feliz término. Momentos hay en que los personajes vagan por la escena pareciendo buscar qué decirse; la densidad de la secuencia es muy dispar. Los personales, lo dijimos, son, a veces, tan convencionales, que resultan absurdos. No dudamos de la buena intención del autor, pero se le fue la mano en materia de anticlericalismo. El "happy end", con su hermoso mensaje de esperanza, no logra redimir el todo y darle la categoría que esperábamos.